

Juan y la bicicleta encantada

Ana Barrios Camponovo

loqueleg

Juan andaba siempre por la ciudad en su linda bicicleta amarilla. Pedaleada tras pedaleada, día tras día. De casa al trabajo, del trabajo a casa, de casa a lo de Claudina, de lo de Claudina al almacén, del almacén a la panadería y... mate con bizcochos junto a Claudina.

9



Algunas veces lo sorprendía una pinchadura, otras un semáforo en rojo. Pero para el corazón alegre de Juan, siempre había parches, frenadas, y nada lo ponía de mal humor.

10 Un día, iba de *short* anaranjado y de chancletas, de camiseta blanca y lentes negros, cuando se le rompió la bicicleta. Pero esta vez no hubo parches, ni frenadas, ni pinzas, ni curitas, ni buena voluntad que pudieran arreglar el desperfecto. Juan se quedó parado junto a su estropeada bici, lejos de casa, lejos del trabajo, lejos de lo de Claudina, lejos del almacén y lejos de la panadería. Lejos de casi todo...

—¿Qué voy a hacer ahora? —se preguntó—. No hay casas a la vista. No hay gente a la vista. Y parece que por este lugar no va a pasar nadie. Tendré que cargarte al hombro —le dijo a su bici. Y como no tenía más remedio, comenzó a caminar.

De pronto, a lo lejos, detrás de un matorral espeso y verde, le pareció ver algo. Apretó el paso y llegó a un viejo cerco cubierto de perfumadas madreselvas. Dos grandes eucaliptos marcaban el comienzo del sendero de entrada. Colgado de ellos había un cartel descolorido en el que aún se podía leer:

Clodomiro el inventor.
A su servicio y a su favor

—Creo que tenemos un poco de suerte —dijo Juan, y se introdujo en la senda.

El pasto, muy crecido, lo invadía todo; sin embargo, se podía adivinar que alguna vez aquello había sido un bello parque. Añosos fresnos se alternaban con graciosos arbustos de flores lilas, blancas y rosadas. Cada tanto se veían canteros cubiertos por la vegetación y pequeños caminos bordeados de piedras. A lo lejos, se levantaba una antigua y señorial casa de grandes ventanales. Una escalera de mármol conducía a la puerta principal.

11

Mientras se acercaba, Juan observó que estaba tan descuidada como el parque. “Lo que falta es que esté abandonada”, pensó.

Dejó su bicicleta apoyada contra un árbol y golpeó las manos con fuerza varias veces. Como no contestó nadie, empezó a subir la escalera. Justo en ese momento escuchó un ruido a sus espaldas; cuando se dio vuelta, vio que un hombrequito regordete lo observaba.

—Buenas tardes, ¿es usted Clodomiro?

El inventor, quien continuaba mirándolo con interés, asintió con la cabeza y Juan comenzó a explicar:

—Tengo un problema, no sé si puede ayudarme. Se me rompió la bicicleta muy cerca de aquí —dijo mostrándosela—. Siempre la arreglo yo, pero esta vez no pude. Además estoy muy lejos de mi casa. Por suerte vi el cartel...

Hizo una pausa para mirar al inventor y se sintió un poco incómodo pues este lo observaba fijamente mientras se acariciaba el mentón con una mano.

12

—Bueno, no sé qué puede tener —agregó Juan, señalando la bicicleta con ambas manos.

Se hizo un pequeño silencio y el hombrecito le indicó casi en un susurro:

—Cárguela y sígame.

Se dirigió hacia la parte lateral de la casa, se detuvo un instante, miró con atención alrededor y bajó unas escaleras. Le hizo señas a Juan para que entrara al sótano junto con él y, una vez traspasado el umbral, cerró la puerta con un pesado pasador de hierro.

Caminaron por un largo corredor impregnado de humedad. A cada paso surgían puertas y más puertas de distintos tamaños y colores. Tenían los pestillos a diferentes alturas y una ventanita por la que pasaba apenas un poco de luz.

—Es aquí —indicó de pronto el inventor, y



abrió una puerta anaranjada.

14 Entraron en completa penumbra a una habitación fría. Clodomiro se adelantó y encendió una luz. De a poco, Juan empezó a ver algunas cosas a su alrededor. Era un lugar abarrotado de objetos. Había interminables estanterías repletas de los más variados frascos y latas de todos los tamaños, cada uno con su etiqueta. Cachivaches, hierros herrumbrados, asomaban por todas partes. Cada tanto pasaban junto a extrañas cosas que parecían máquinas a medio armar. Desparramadas alrededor había herramientas que Juan se cuidaba de no pisar. Desde el techo colgaban viejas y elaboradas telarañas, cubiertas de polvo, igual que el resto de las cosas.

—Ponga su bicicleta en esta mesa —pidió Clodomiro, mientras con el brazo empujaba hacia un costado gran cantidad de objetos tintineantes.

La mesa quedaba justo bajo el foco de luz. Recién entonces Juan pudo mirar al inventor detenidamente.

Era un hombrecito casi calvo. Algunos pelos desordenados le asomaban por encima de las orejas y debajo de la nariz aparecía un bigotito descuidado. Sus ojos pequeños y brillantes adoptaban una actitud asombrada detrás de los gruesos

lentes. Las manos de dedos largos y delgados parecían de otra persona.

—Veamos —dijo, acomodando la bicicleta, y comenzó a frotarse el bigotito mientras la miraba pensativo. Después dio varias vueltas alrededor, deteniéndose cada tanto. Por último se dedicó a tocarla. Controló su cuadro, revisó la cadena. Presionó los frenos. Acarició levemente las gomas...

—Mmmmm... ¿Qué quiere que le diga?, su bicicleta tiene algunos problemas.

15

—Pero, ¿tiene arreglo? —preguntó Juan acongojado.

—Bueeeno, debería dejármela un tiempo...

Para nuestro amigo, esta era una noticia en verdad horrible.

—¿Cuánto tiempo?

—En realidad, no sé muy bien. Hay que desarmarla toda, aceitar todas las piezas, comprar algún repuesto... Usted sabe cómo es esto, uno empieza y no sabe cuándo termina.

—Pero por lo menos, ¿sabe cuánto me va a costar el arreglo? —preguntó resignado.

—El dinero no es problema, por eso no se complique.

—Mire, quiero que sepa que yo la necesito. Estoy desesperado. Siempre ando en ella para

todos lados y...

—Por eso tampoco se preocupe, amigo —lo interrumpió—. Y mirándolo fijamente le dijo con aire misterioso:

—Yo puedo ayudarlo, si usted acepta...

Juan sintió un extraño cosquilleo en toda la piel.

—Sí, sí, claro.

Clodomiro sonrió bajando la cabeza.

16 —Bueno, muy bien. Tengo aquí mismo una bicicleta que podría prestarle mientras arreglo la suya. Venga conmigo. “Pero qué hombre tan bueno”, pensó Juan mientras lo seguía.

—Es por aquí... a ver, a ver... Sí, aquí está. Está inflada, tiene gomas nuevas y es bastante liviana. Puede probarla —lo invitó, mientras quitaba el polvo del asiento.

—Es una linda bicicleta —elogió Juan.

—Sí; la verdad es que le tengo tanto cariño que le puse nombre.

—¿En serio?

—Sí, a todas las cosas que hago les pongo nombre.

—Pero, ¿la hizo usted?

—Bueeeno, en realidad, la mejoré un poco...
—contestó modestamente.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama Muchi.

Juan le agradeció repetidas veces y salió de la casa. Detrás suyo escuchó el golpe de la puerta y el chirrido del pasador de hierro. Clodomiro, desde una pequeña ventana, sonreía y se frotaba las manos, mientras miraba a aquel joven alejarse montado sobre Muchi... Su preciada y compleja bicicleta.

17

Desde entonces Juan se sintió muy afortunado. La ciudad le parecía más linda: el cielo más celeste, los vecinos más simpáticos, los perros más amigables y la bicicleta de Clodomiro era en verdad preciosa, ¿qué más podía pedir? Lo llevaba de casa al trabajo, del trabajo a casa, de casa a lo de Claudina, de lo de Claudina al almacén, del almacén a la panadería y... mate con bizcochos junto a Claudina.

Un día, después de un fuerte chaparrón, sucedió algo muy extraño.

El sol resplandecía de nuevo y Juan se sentía muy contento. Iba en su bicicleta por las calles de la ciudad, jugando a esquivar los charcos. Por momentos avanzaba a gran velocidad y torcía el manillar con destreza.